

Alison ASSITER, *Kierkegaard, Eve and Metaphors of Birth*, London, New York: Rowman & Littlefield, 2015.

En una lectura de alto riesgo y fuerte impacto, Alison Assiter asume el desafío de superar la interpretación tradicional y *quasi* literal de un Kierkegaard anti-idealista y falocéntrico para acercarnos a un pensador en sintonía con la tradición del idealismo alemán – en particular schellingiano –, a tono con el retorno contemporáneo de la ontología y, más jugado aún, a la altura del feminismo de la diferencia. En el camino que vuelve del estructuralismo post-metafísico, Assiter lee en Kierkegaard a un «ontólogo», cuyo pensamiento responde a la constitución última del ser en su totalidad. La interpretación de Assiter se alinea con autores como S. Žižek, D. Kangas, M. Burns o S. Shakespeare, quienes ubican a Kierkegaard en la constelación inmanentista e incluso materialista del idealismo alemán.

*Kierkegaard, Eve and Metaphors of Birth* es un libro fascinante, impregnado de rupturas, transgresiones y proyecciones intelectuales. La hipótesis que sostiene y articula la obra es de naturaleza ético-metafísica, y consiste en leer el pensamiento de Kierkegaard a la luz de la categoría de «nacimiento» – *birthing* –, concepto que significa tanto la capacidad activa de un cuerpo capaz de dar a luz – *capacity to give birth; birthing body* – como la ambigüedad activo/pasiva del poder nacer o darse a luz – *can birth* –. En otras palabras, la idea de nacimiento contiene a la vez el sentido activo de la energía generadora y el sentido pasivo de aquello que se da o es dado a luz, concebido, gestado y nacido. De este modo, la función orgánica de nacer es asumida como metáfora de toda realidad, material y espiritual, y por lo tanto elevada de su sentido físico inmediato a significante universal. Lo que nace es tanto el fundamento auto-creador del ser como la existencia derivada de su acción, por una suerte de reciprocidad causal que responde en todo caso a la circularidad inmanente del absoluto idealista. Y justamente al idealismo y en concreto a Schelling remite según Assiter la concepción kierkegaardiana del nacimiento. En efecto, cuando el *Freiheitsschrift* schellingiano habla de «el ansia que siente el Uno eterno de engendrarse – *gebären* – a sí mismo» (*Investigaciones filosóficas sobre la esencia de la libertad humana y los objetos con ella relacionados*, Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 166-7) él no se refiere a un absoluto metafísico trascendente y sustancial, inmutable y autosubsistente, sino a un dinamismo inmanente y autocreador, cuya acción originaria es la concepción de sí en y por sí mismo. Este Schelling sería entonces el principal referente metafísico de Kierkegaard, no precisamente el Schelling anti-hegeliano de las

lecciones de Berlín, sino el metafísico idealista de un absoluto que se gesta a sí mismo en el devenir inmanente del todo.

En los capítulos 1 y 2, Assiter celebra el giro realista de la ontología contemporánea, representado por autores como Slavoj Žižek o Quentin Meillassoux, con los cuales ella se alinea. Sin embargo, a la vez les da la bienvenida, Assiter objeta el contingentismo radical de esos autores, para quienes la realidad es esencialmente caótica y negativa. En los capítulos 3, 4 y 5, Assiter asume la cuestión ética y, en concreto, el nacimiento ético de la libertad tal como es planteado por *El concepto de la angustia*. La hipótesis de Assiter es que esta obra constituye la respuesta de Kierkegaard a la imposibilidad kantiana para explicar el origen del mal, valiéndose del concepto schellingiano de libertad. A partir del capítulo 6, Assiter conceptualiza el nacimiento como metáfora de la ontología kierkegaardiana, dinámica y procesual, conceptualización en la cual resuena tanto el naturalismo schellingiano como el cuerpo materno de Christine Battersby y su lectura feminista de Kierkegaard (*Phenomenal Woman*, New York, Routledge, 1998). En el capítulo 8, Assiter aborda la figura del destete de *Temor y temblor* como metáfora de la fe, siempre «medida por el destete compasivo de la madre» (143), es decir, de Dios. La relación madre-hijo deviene así el criterio de la relación religiosa con lo divino. En el capítulo 9, la metáfora materna viene a expresar, por una parte, el dinamismo de toda la naturaleza concebida en los términos de una creación continua y, por la otra parte, la acción ética interpretada según el modelo de la gestación, nutrición y cuidado del cuerpo siempre naciente. Por último, el capítulo 10 cierra el libro con la idea de «revolución» interpretada como «posible renacimiento» o «nuevo comienzo» (p. 178). En el contexto de una ontología del proceso naciente, lo revolucionario define la esencia de la acción libre como advenimiento de lo absolutamente nuevo y otro. Assiter concluye en un Kierkegaard revolucionario, sin dios sustancialista y con una existencia inmersa en el seno de un *Ungrund* siempre ansioso de engendrarse por la eterna repetición de sí mismo. El absoluto de Kierkegaard conocería así los dolores de parto de ese angustiante desgarramiento, del que nace la vida humana, la naturaleza, la libertad. Contra la hegemonía de lo establecido, el pensamiento kierkegaardiano resultaría entonces una metafísica del nacimiento, con ascendientes idealistas y proyecciones hacia el neo-materialismo y feminismo contemporáneo. En el atardecer de lo instituido, la existencia kierkegaardiana renace del seno de una madre, que Kierkegaard apenas se atrevió a nombrar.

Como corolario de la sugestiva obra de Assiter, quisiéramos redoblar su apuesta trayendo a la luz la otra gran metáfora del nacimiento y del

cuerpo gestante que Assiter apenas menciona como ya superada (p. 126). La gran metáfora falogocéntrica de esa madre maldita y degeneradora de la sublime creación pura del padre, convertida luego en la sirvienta impotente y muda, aunque muy sensible y angustiada, del señor, subyace a toda la filosofía occidental, que la ha articulado a través de una doble estratagema teórico-política: la expropiación y apropiación de la energía creadora del cuerpo materno, el vaciamiento nihilificante de este último, convertido en receptáculo pasivo y corruptor de la fuerza viril creadora. El pensamiento de Kierkegaard no es ajeno a esta operación filosófico-religiosa. Entre sus alusiones al poder de la procreación y el nacimiento, se encuentra la siguiente: «qué profunda inquietud me produce ver que en el fondo para mí no hay nada más espantoso que una mujer embarazada, porque el embarazo dura 9 meses y entonces todo el deseo, toda la pasión, los mayores esfuerzos no valen nada» (*Pap.* V A 54 / *SKS.* JJ:247). No podría enunciarse con mayor claridad el sentido que tiene para Kierkegaard la creación materna, esto es, la nada misma. Una vez concebida esa metáfora falogocéntrica del nacimiento y del cuerpo gestante, entonces la hipótesis de Assiter es doblemente significativa. Ella vale por un lado como resignificación auto-causal, auto-activa y originante de la materialidad materna, en sí y por sí misma posible y actual, y vale por el otro lado como mostración del fracaso patriarcal de ocultar y vaciar el cuerpo materno: un cuerpo cuya energía creadora se asoma y escapa por todos los resquicios del sistema que lo ha confiscado.

Sin lugar a duda, la obra de Assiter da a luz la posibilidad de un nuevo Kierkegaard, a la altura del ansia contemporánea.

*María J. Binetti*

Conicet - Argentina